

PRECIO:
5 Centavos

LA PROTESTA

PORTE
PAGO

Valores y giros a M. Torrente

Redac. y Administración: Perú 1537

U. Telefónica, 0478 B. Orden

LOS FUEROS DE LA ORGANIZACION

No basta con repetir incesantemente las fórmulas aceptadas en la que podríamos llamar dialéctica del sindicalismo, para que nuestro movimiento se preserve de influencias extrañas a su naturaleza y por lo mismo atentatorias a su vitalidad. Generalmente los que más uso y abuso hacen de los tópicos en boga, los que con mayor persistencia proclaman su fe federalista y libertaria, están más lejos de la interpretación del espíritu que anima la propaganda anarquista en el campo obrero. Y ese contrasentido se explica fácilmente si tenemos en cuenta que la facultad pesante no es patrimonio de los que ven la revolución en cualquier acto de descontento y traducen en palabras incoherentes sus impulsos de rebeldía: el imperativo de su instinto.

Para la acción revolucionaria de todos los días, para la propaganda que expresa voluntad y dinamismo... valen los instintivos más que los razonadores. Hay momentos en que emudece la boca para que obren los brazos. Pero es necesario que no se confunda la labor orientadora del anarquismo, necesaria siempre para evitar pasos en falso y actitudes negativas, con esa acción esporádica, con ese insurgir de la energía musculer que realiza un acto de destrucción bajo el imperio de circunstancias especiales. ¿Qué relación existe entre el hecho revolucionario, que es siempre la consecuencia de una crisis social, y los actos individuales gestados por un fenómeno que levemente rozan la superficie del problema? En el primer caso, entran en actividad potencias que escapan al control de los partidos y de los grupos ideológicos, resurgen a la vida las fuerzas paralizadas por exceso de pachorra, irrumpen violentamente todo un pueblo vencido y humillado; en el segundo, sólo intentamos pocos romper el hielo de la indiferencia colectiva con el calor de sus entusiasmos y la electrificación de sus iras. He ahí, pues, la diferencia que separa a una revolución de los simples exponentes de rebeldía individual.

Crear que necesariamente de un gesto airado puede surgir la revolución, sin tener en cuenta los factores que determinan las crisis de los regímenes históricos, es vivir fuera de la realidad. Dirán los revolucionarios instintivos que con su ejemplo incitan a las masas a la rebelión y fomentan el descontento en los pueblos. Pero debemos aceptar el hecho por lo que vale y representa: como ejemplo, y no como la única forma de expresión del anarquismo. Además, no siempre la agitación revolucionaria favorece la labor proselitista de los anarquistas. De la misma manera que las revoluciones populares, dirigidas por caudillos demagógicos y políticos de profesión, tienden a afianzar las instituciones estatales, a crear nuevos elementos de sostén para el régimen capitalista y a incorporar a la teología autoritaria conceptos modernos de dominación y despotismo, así la rebeldía del proletariado puede ser aprovechada por la burguesía para reforzar aún más el yugo económico.

Los fueros de la organización obrera no se defienden incitando a los trabajadores a continuos actos de rebeldía. Esa labor de agitación, si vale para el anarquismo como un medio de gimnasia revolucionaria, entraña también algunos peligros. Los descontentos de la clase trabajadora, cuando no se inspiran en fines superiores a las necesidades precarias del asalariado, ofrecen a los jefes sindicales y a los políticos de profesión una preciosa oportunidad para presentarse en su papel de mesías: ahí que la generalidad de las huelgas, aun cuando en sus primeras manifestaciones se identifiquen con el pensamiento anarquista, terminen medianegras y armisticios concertados por los dirigentes en el despacho del patrón o en una oficina del Estado encargada de reconciliar a explotadores y explotados.

No está, pues, la eficacia de la propaganda anarquista en la labor de los agitadores. Las protestas colectivas no traducen una orientación ideológica común a todos los asalariados. Una huelga es, salvo raras excepciones, un he-

tigio de intereses económicos, una pugna entre obreros y patronos, una parálisis del trabajo para arrancar concesiones al capital. Quiere decir, pues, que en la gestación de ese acto intervienen todos los militantes del movimiento obrero—socialistas, sindicalistas neutros, bolcheviquis, anarquistas, etc.—estando de acuerdo en el objetivo inmediato: la lucha contra el patrón. Pero ese enemigo común, si no deja de ser el enemigo de todos, en cambio cuenta circunstancialmente con aliados y recibe el apoyo de una parte de los huelguistas. ¿No se alían con la clase patronal quienes repugnan las exigencias obreras a su mínima expresión y buscan el medio pacífico de solucionar el conflicto, sacrificando siempre a los mismos trabajadores? Ahí comienza, pues, la verdadera intervención de los anarquistas, ya que en su capacidad radica el móvil revolucionario de una protesta encarrilada por las vías de la política de colaboración.

Hay casos en que una huelga, desviada de sus objetivos, se transforma en un movimiento político extraño a los trabajadores. Y se presentan con frecuencia casos en que una agitación popular aparentemente encaminada a conseguir mejoras colectivas de orden moral o material, tienen en el gobierno o en los partidos de oposición a sus ocultos gestores. Por el hecho de expresar actos de rebeldía, ¿deben los anarquistas prestar su apoyo a esa clase de movimientos huelguísticos y de protestas populacheras? Los revolucionarios instintivos sostienen que hay que aprovechar todas las contingencias de la lucha social para provocar la revolución. Reclaman por ello la actividad de los anarquistas en conflictos que niegan nuestras ideas y se manifiestan en completo divorciamento con nuestras tácticas, sin darse cuenta que con su romanticismo hacen del huelga a los aventureros políticos y contribuyen a desvirtuar los verdaderos fines de la organización obrera.

Para defender nuestro movimiento de las accepciones de los agentes políticos que merodean en los flancos del proletariado, para evitar que nuestros cuadros se plieguen a huelgas de carácter patronal o gubernamental, para valorizar el espíritu de la F. O. R. A. en luchas que no traducen un anhelo reivindicador en la conciencia de la masa, es necesario interpretar las ideas anarquistas y ser consecuentes con el postulado que surge de su aplicación al movimiento obrero. ¿Han llegado a comprender el papel que las ideas desempeñan en la gestión del sindicalismo esos defensores a todo trance de la huelga, esos pregoneros de la revolución clasista, esos entusiastas del paro y del disloque? Si no saben distinguir los factores que concurren a una protesta colectiva, si confunden acción directa con colaboracionismo, si aceptan toda clase de huelgas por el hecho de ser tales, si no tienen suficiente criterio para entrecer en las palabras subversivas del "sesismo" el fondo reformista político de esa tendencia, mucho menos podrán llegar a la conclusión requerida para establecer una norma de conducta colectiva en el desempeño de la propaganda en los sindicatos obreros.

No podemos negar que en nuestro campo abundan los agitadores, los hombres de acción, los propagandistas entusiastas. El anarquismo tiene exuberancia de energías y de vitalidad. Pero esas energías se malogran en absurdas quejallas y en luchas desorbitadas. No falta capacidad orientadora, comprensión del espíritu analítico. Y por carencia de esas facultades, creadoras de nuestro movimiento se ve con demasiada frecuencia expuesto a las contingencias de la propaganda adversaria y a las infancias del politiquerismo sindical, que se distraza con frases sonoras para mejor engañar a los trabajadores y con más eficacia servir al gobierno y a la clase patronal.

He ahí una cuestión que exige perentoriamente un análisis sereno y objetivo. ¿Debe nuestro movimiento seguir los flujos y reflujos del sindicalismo reformista y complacerse con las manibras de sus líderes?

LIBERTAD DE PROPAGANDA ELECTORAL

La Confraternidad Ferroviaria elevó al ministro del Interior una nota reivindicando para sí el derecho de propaganda electoral. A la policía se le ocurrió prohibir una conferencia electorera de los candidatos a consejeros de la caja de jubilaciones ferroviarias, con lo que desconoció el carácter jurídico de esa organización de carneros y el derecho constitucional de propagar el carnero. Y debe por ello el señor ministro llamar al orden al jefe de policía, ya que no es posible confundir a los confraternales con los revolucionarios catalogados por el Santo Oficio policial como enemigos del orden, de la propiedad y de la patria.

En la exposición de motivos que obligan a la Confraternidad Ferroviaria a dirigir su respetuosa nota al ministro del Interior, se exponen las siguientes razones: "Como es público y notorio, el gremio ferroviario se halla en plena campaña electoral y dentro de pocos días, el 18 de abril, comenzará a enviar sus votos, de los cuales surgirá la representación obrera que integrará el directorio de la Caja de jubilaciones y pensiones de empleados y obreros ferroviarios (Ley 11308, artículo 4o.).

"El F. O. R. A., por decreto de 7 de febrero de 1924, artículo 29, autorizó al presidente del Departamento nacional del trabajo e inspector general de justicia a oficializar las boletas de voto de toda "entidad o grupo de personas que desare concurrir con candidatos propios a la elección de delegados" que luego deberán votar por los representantes titulares y suplentes. En consecuencia, "Nuestra sociedad, desde un principio se ha mostrado dispuesta a participar en la elección de candidatos propios, y es por tal motivo que hoy nos hallamos asociados a la realización de una intensa propaganda a favor de nuestro programa y de nuestros candidatos, elegidos por el voto general de nuestros asociados".

La policía, pues, procede arbitrariamente al prohibir esa clase de propaganda. Por eso la Confraternidad Ferroviaria, "en virtud de que cualquier gestión ante la jefatura de policía en el sentido de que no se nos coarte el derecho de realizar actos de propaganda callejera en el territorio de la capital federal no tendrá solución satisfactoria, si el tiempo a V. E. se digna tomar las providencias del caso a los efectos de que la jefatura de policía permita el libre ejercicio de la libertad de palabra, tal como lo deseamos".

No sabemos lo que contestará el señor ministro a la nota de los confraternales. De seguro que les prometerá las garantías que solicitan, declarando que el excesivo celo policial fué causa de que se haya molestado a pacíficos ciudadanos que ejercían su derecho a la propaganda electoral. Y la Confraternidad Ferroviaria anotará un nuevo triunfo... y podrá decir más adelante a los obreros que gracias a sus poderosos retrocesos el gremio ferroviario vive en el mejor de los mundos.

(10)

VENGANZA - CALABRESA

Cantoni se propone apestar al pueblo de San Juan

Así como Neryn había resuelto prender fuego a Roma para vengarse de sus habrantes desobedientes, así a Cantoni, que ha pretendido emular a los tiranos más crueles de la historia, se le ha ocurrido exterminar a toda una población que le es desafecta, por medio de una peste que no deje a nadie en la boca abierta, o sea condiciones de respirar. Y eso que los sanjuaninos hace bastante tiempo que no respiran sino por sus heridas... El hacerlo por medio de sus órganos naturales, les ha sido prohibido de muchas formas. Quiere decir que el señor acude no le satisfacen las lacras del galgo y procura matarlo, no por compasión, sino por venganza. Nos hemos referido al pobg. aquel, acordado por el litigio inicamente de pueblo varo, digo.

De las intenciones que abriga da cuenta la información que reproducimos: "SAN JUAN, 30. — La proximidad del invierno, con el peligro de la gripe y demás enfermedades, presenta perspectivas sombrías para San Juan, dadas las pésimas condiciones de higiene en que se encuentra la población".

Lo que no ha podido obtener por medio de sus policías matachinas, pretende lograrlo por una epidemia cualquiera, es decir, la liquidación de toda alma viva que no se le haya rendido a sus caprichos de sujeto amor mal. Y de ese modo dará cumplida satisfacción a sus odios asmatas, que no puede contentar dentro de su voluminosa contextura de hipópomato.

Porque la peste amenazada de que hablo el despacho transcrito, deberá a que él no permita la extracción de basuras con la avisa intención de que los gusanos proliferen y envenenen a las personas. Cosas de envenenados.

MOTIVOS DE OPTIMISMO

hombres, ayer, al parecer, pléuricos de optimismo en cuanto a los inevitables destinos de la humanidad. Debe deducirse de ello una verdad irrefragable, es decir, la iliquitación de los movimientos revolucionarios, adheridos a los movimientos reindicadores del proletariado que ha propalado el espíritu de la "revolución. El corazon fue, a lo sumo, quien dictó la conducta de no pocos individuos al pliegarse a las corrientes de la época, ayer impetuosas como las de los ríos caudalesos. El poder de su gestión ha obrado más enérgicamente en los espíritus, que el saludable razonamiento, que si puede errar en muchas cosas, encuentra siempre elementos de juicio en que fundarse y, además, mantiene despierta la inteligencia para el estudio y la interpretación de los fenómenos sociales. Siempre fue la incapacidad de reflexión la peor enemiga del hombre, y en este caso obró con bastante fuerza el factor este, que llegó a alumbrar por reflejo sobre las conciencias, pero cuya luz se desvaneció por la concurrencia de otras sensaciones que vuelven a ocupar su lugar predilecto, nublando de nuevo lo que un día irradiaría alegres y cálidos destellos.—El pesimismo actual no tiene otros orígenes. Cuando se habla de apostasias, no siempre se expresa una realidad. Esas realidades fue de ayer, y no de hoy. Nuestro exceso de confianza en los hombres, por lo que exteriormente reflejaron, y la común falta de penetración psicológica, determinadas por un temperamento colectivo que repugna la investigación a través del misterio de las almas ajenas, no nos han permitido ayer advertir lo que hoy la realidad escueta nos ofrece con una fidelidad desesperante. Nuestra imprevisión nos valga. Pero ¿tendremos en lo futuro la noición exacta de los momentos que vivamos, aleccionados por los hechos motivo de este comentario? Es posible; al menos por lo que respecta al ambiente en que nos desenvolvemos. Obsérvese que entre los confiados, no fuimos de los más caudalesos. Hace tiempo que hemos agitado la campana de alarma, en medio del incendio que hacía eripitar el edificio social, mientras otros asían los badajos para repicar a gloria. Y si la gloria fué con algunes, no respondió a quienes la merecían por su esfuerzo generoso, sino a los que la alcanzaron a través de acontecimientos fortuitos, locos, grandiosos, al fin, poseerá por los medios que fueron clásicos a todas las tiranías: el engaño y la violencia. Ejemplos, Rusia.

No se ha probado que el momento presente fuera excepcional en cuanto a su aspecto moral. Paragonada la época que vivimos con cualquiera de las pasadas, deja la sensación grafísima de un progreso notable. Le falta mucho a las dictaduras para reducirnos al afnecho medieval. No lo conseguirán antes de extinguirse. Y en camino de extinc-

ción...

